

# Índice

La tormenta .....	11
Ite Missa Est .....	37
El sueño de Tántalo .....	55
El holandés errante .....	75
La esquila .....	79
Los viernes a última .....	83
Despedida .....	87
El Chancho .....	91
Inevitables golosas .....	95
Tras las cortinas .....	113
Delicatessen .....	119
Ícaro .....	131
Minificciones .....	143



# LA TORMENTA



Tenía los pies ensopados dentro de sus zapatos llenos de parches, todo porque Xerimo había predicho que ya no llovería más, había entrado como un huracán en el Café, blandiendo el enorme sonajero de madera que le habían fabricado las monjitas de San Julián, se abalanzó sobre su mesa y, clavando los ojos en los suyos, le regaló unas gotas de baba y de lluvia al tiempo que, en una gutural mezcla de gallego y castellano, le decía que el agua iba ya fora. Aquel rostro pétreo, surcada la frente por una profundísima arruga, le provocó un escalofrío, y antes de que pudiera interrogar a Álvaro con la mirada, Xerimo le dedicó una morisqueta, rodeó con su paso cojitranco una de las mesas y se perdió en la calle dejando como único rastro el apagado tintineo de la campanilla de la puerta. Álvaro sonrió terminando de secar algunos vasos mientras él no fue capaz de levantar la mirada de aquel enorme tazón de achicoria y leche.

Tras dos semanas orvallando, Antonio no había podido resistir la tentación de quitarse las botas, así que doblaba las esquinas avisando de

su presencia, con un chapoteo continuo que le hacía sentir renacuajos entre los dedos de los pies. Llegó para dos o tres días y ya llevaba tres semanas. Después de todo, nada se le había perdido allí, sólo la maldita herencia de Reinaldo Fortes y su pazo, por llamar de alguna manera a aquel montón de madera y piedras corroídas por el tiempo. Un pazo que no estaba en el campo, como él siempre creyó, que no era más que una manzana en la estrecha y primitiva urbanización de Lebozán de Seijas, un minúsculo pueblo que ni siquiera figuraba en los mapas, pero que al menos le había permitido romper con la monotonía que tanto le ahogaba en los últimos años. Gracias a la muerte de aquel tío abuelo al que apenas recordaba, ocurrida tan lejos de su ciudad y de su vida, había podido viajar por primera vez, había disfrutado en sí mismo de aquellos trenes que antes sólo soñaba en sus novelas, se había alejado de todos, de los pocos seres que entraban a diario en su gris existencia, don Melquiades, doña Obdulia, Mercedes y su visita de los martes, e incluso de los camareros del Café París, a quienes recordaba ahora con envidia, quisiera que pudieran verle, dueño de una herencia, y quisiera también invitarles a anís, con la superioridad necesaria para que nunca más volvieran a tomarle el pelo ni a reírse de sus lecturas.

A fuerza de preguntar por aquella casa solariega se había ido dando a conocer allí, y eso que casi nadie se acordaba ya de Reinaldo Fortes,

encerrado hasta que debió de morir de viejo tras casi cinco años en los que no se dejó ver, sobre todo porque él tampoco veía ya. La gente conseguía recordar la casa por la proximidad de los cuartos de la Patro, que presumía de tener las mejores mujeres de toda Pontevedra, y precisamente gracias a una de ellas, la Filo, descubrieron el cadáver, la noche en que ella y Jeremías Andreo, el nuevo sacristán, tuvieron que saltar desde su ventana y con las prisas se encaramaron a la tapia del pazo para escapar de una de las expediciones sacrosantas y vengadoras que hacía don Patroclo, quien no se conformaba con las arengas del púlpito y era dado a acciones más directas, y a los caponazos con un crucifijo de madera que a veces pensaba prender fuego para purificar aquel ambiente de perdición.

Al menos una vez cada mes, don Patroclo seguía el mismo ceremonial, antes de cenar dejaba, muy bien estirado sobre el primer banco de la iglesia, un largo gabán negro, de amplias solapas, y el crucifijo mellado por tantas costillas y cráneos como había castigado. Tras una frugal sopa que ingería prácticamente hirviendo, se dirigía hacia el altar y, arrodillado, sufría una especie de acceso místico en el que imploraba a la Virgen Peregrina fuerzas para acometer su labor, sin abstenerse de utilizar en sus plegarias un vocabulario tan procaz que hubiera escandalizado a las escasas veinte ancianas que constituían todo su público. Cuando llegaba a su noche oscura del alma, se despojaba de la sota-

na y de los raídos pantalones, hasta quedar en cueros para postrarse en el pasillo central, los brazos en cruz y una ininteligible letanía salpicando el polvo de aquellas baldosas ajadas. Al cabo de una hora, en la que el frío le atería lo suficiente como para no hacerle sentir el dolor, se incorporaba de un brinco y corría a la sacristía para enfundarse el viejo uniforme que había llevado en la guerra como capellán castrense, se embutía en el gabán, agarraba el crucifijo con ambas manos y salía a recorrer las calles de Lebozán en su particular vía crucis.

La primera vez que irrumpió en casa de la Patro fue como un huracán, el gabán le permitió no ser reconocido con rapidez y pudo comenzar a causar estragos sin gran oposición. El resultado fue espectacular, cinco de las chicas estuvieron una semana curando magulladuras, aunque al menos pudieron hacerlo con más tranquilidad que los doce clientes cuyas marcas, al día siguiente, fueron objeto de la curiosidad de todo el pueblo, que no paró de comentar el suceso. Incluso algunos tuvieron que guardar cama esperando la visita del ya casi anciano don Roque, y otros, como Álvaro, hicieron de aquella noche un medio para incrementar sus ingresos, pues durante una semana el Café fue un hervidero de curiosos que pretendían contemplar la extraordinaria fidelidad con la que el rostro del crucificado, corona de espinas incluida, había quedado marcado, ya para siempre, en su espinazo.



La peor parada de todas fue la propia Patro, que desde entonces conservaría una peculiar hendidura en su nariz, herida que al principio la llenaba de odio, pero de la que presumiría después de haber establecido un eficaz sistema de vigilancia que permitía saber qué noche elegía don Patroclo para la incursión. A cambio de una cama, solitaria o acompañada según la intensidad del negocio, Xerimo se apostaba frente a la iglesia y si las luces se apagaban con normalidad, él seguía su camino y cantaba alguna chanza bajo la ventana del dormitorio de la Patro, pero si el empeño inquisitorial se producía, arrastraba su pierna por las callejas de Lebozán y, flauta en mano, interpretaba a toda velocidad el himno de Riego, señal que todas las chicas aprovechaban para cerrar a cal y canto sus cuartos, mientras la Patro avisaba a los parroquianos que aún esperaban turno, quienes desaparecían hasta que las ansias de justicia divina del cura tocaban a su fin.

Esta vez la Filo y Jeremías cayeron una encima del otro, ahogando las risas hasta que las voces de don Patroclo se perdieron en la noche, sólo entonces comenzaron a reavivar el deseo y, entre besos, pellizcos y carreras sorteando los grandes matojos del patio, se apoyaron en una de las puertas, con tan mala fortuna que, al cuarto o quinto embate, las carcomidas maderas cedieron derramándolos en una estancia cuyo tufo a podredumbre estuvo a punto de hacerlos vomitar.

Sentado en un viejo sillón, con las piernas abiertas bajo el peso de la enorme barriga, Reinaldo Fortes dormía el sueño de los justos, los ojos desorbitadamente abiertos y un par de cucarachas asomando por su inmensa boca entreabierta. Entre el juez y el forense, a los que hubo que hacer venir de Pontevedra, acordaron que debía de llevar muerto al menos una semana. El suceso conmovió a Lebozán, y más aún cuando Álvaro, ante la extrañeza de todos, se encargó de preparar el entierro y en el mismo cementerio descubrió la noticia de que guardaba el testamento del finado desde hacía seis años.

Todos sabían que el viejo Reinaldo Fortes no tenía a nadie, y Jeromo Congos encabezó las voces que comenzaron a hablar de la subasta que habría que organizar para ver quién se quedaba con la casa. La colilla que apretujaba en las comisuras de los labios, como una prolongación de su dentadura imperfecta, oscilaba arriba y abajo, sin despegarse. Mientras su ojo izquierdo, el de cristal, permanecía inmóvil mirando el ataúd, el otro, el sano, recorría las asustadas caras de la veintena de hombres que asistieron al entierro, más por interés que por compasión hacia el que durante tantos años había sido el dueño de Lebozán. Jeromo era Jeromo, y nadie se atrevía a replicarle, sabían que podía elevar el precio lo suficiente como para que nadie pudiese pujar por aquellas rancias paredes. Sólo Álvaro enfrentaba su coja mirada, ambos se conocían bien, y él fue el único que no se sorprendió cuan-

do el juez, después del tercer orujo, rasgó aquel sobre amarillento y comunicó que había un familiar lejano en Palencia, un tal Antonio Yanto, al que debían mandar aviso.

Antonio no sabía muy bien por qué seguía allí, sobre todo tras la impresión tan deprimente que le causó el jardín selvático y descuidado de la gran casa de su tío abuelo, desvencijada y casi en ruinas, salvo el cuarto en el que murió, que a pesar de la suciedad que ahora mostraba, al menos había resistido el paso del tiempo, apuntalado nadie sabía bien por qué mano cuidadosa y atenta a sus desvelos de viejo enfermo. Se había instalado en el Café de Álvaro, se propuso conocer Lebozán y sus alrededores, y desde ese momento se convirtió en un elemento vivo más del lugar, al que sus habitantes se acostumbraron después de los primeros días de extrañeza y a fuerza de preguntarle al propio Álvaro, con el que pasaba muchas tardes jugando al dominó y tratando de indagar, aunque sin demasiado éxito, acerca de la vida de aquel viejo que tan presente le había tenido en su última voluntad.

Tan sólo Francisco Silva no había reparado en él hasta aquella tarde en que lo encontró agazapado tras un árbol de la pequeña plaza, intentando no pisar más charcos con sus zapatos inundados, y los bordes empapados de la gabardina. Detuvo su Land Rover y se ofreció a llevarle, Antonio tardó un poco en decidirse a responder, pero la sensación de ridículo que sentía era tan grande que terminó por aceptar, así

que acabaron en el Café charlando entre orujo y orujo, más para espantar los fantasmas del agua que para alejar el frío.

El carácter abierto y amigable de Franciso Silva hizo que Antonio, que no pasaba de una copa de anís a la semana, se fuera derrumbando con cierta rapidez y, sin saber cómo, se encontró pidiéndole consejo acerca de su herencia, pues no parecía muy dispuesto a establecerse en Lebozán, teniendo que reformar el supuesto pazo. Carecía de medios y voluntad para lanzarse a semejante empresa, y el testamento era bastante claro, lo único que Reinaldo Fortes pudo mantener como suyo hasta el final de sus días fue aquella casa. Por ello pensaba venderla, y hasta estuvo a punto de ofrecérsela a Francisco por si le interesaba.

—Nunca imaginé que nadie pudiera dejarme nada en herencia, incluso mi padre todo lo que me dejó fue una cama enorme en la que no me he atrevido a dormir nunca, así que lo único que puedo hacer es vender la casa y volverme a Palencia, a mi trabajo. Aunque —silabeó con dificultad— hay algo extraño en ella, que no me deja irme de aquí, hay como una fuerza que me retiene —intentó ordenar de nuevo su mente resistiendo a las fuerzas del orujo—. Sé que este no es mi sitio, pero no puedo marcharme.

—Eso es cosa de las meigas —bromeó Francisco al otro lado de la mesa.

Se sirvieron otro vaso y rieron un buen rato mientras Álvaro observaba algo incómodo por-

que su partida de dominó se iba al carajo, aunque sintió gran alegría cuando Antonio rechazó la invitación de Francisco Silva para que se trasladase a La Guajira, su finca, y dejase el cuarto del Café. Antonio agradeció y declinó la invitación compensándole con promesas de futuras visitas.

—Es que además de no poder irme —articuló apenas— siento que tengo que vivir cerca de la dichosa casa.

Francisco Silva se levantó volcando el pequeño taburete, dejó un billete en la húmeda barra ante la mirada complacida de Álvaro y, tambaleándose desde la puerta, entre los quejidos del badajo de la campanilla, volvió a recordar las meigas mientras subía al Land Rover. Arrancó y comenzó a hacer eses por las embarradas calles, sin luces, asustando a las esquinas vacías, aún haría una parada en casa de la Patro antes de recluirse en su soledad en lo alto de uno de los montes que rodean Lebozán.

Álvaro se acercó a la mesa, recogiendo los vasos con calma.

—Gracias, don Antonio —murmuró.

Antonio levantó los ojos entrecerrados tratando de fijar en ellos la pequeña y compacta figura que le hablaba.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por no haberse ido —dijo señalando la puerta con la cabeza.

—Ah, sí, bueno —Antonio estaba casi inconsciente.

—¿Quiere que le ayude a subir?

—No, creo..., creo que podré yo solo —balbuceó mientras intentaba incorporarse.

Apoyado en el pasamanos se volvió en un escorzo interrogante.

—Álvaro, ¿de verdad era un buen hombre? — las palabras parecían no querer salir de entre su hinchada lengua.

Álvaro le miró con fijeza y pareció reflexionar antes de responder.

—Conmigo al menos siempre lo fue.

—Pues por el estado de la casa, no parece que fuera igual con todos.

—No le entiendo, don Antonio —mintió Álvaro.

—Ya, bueno, yo tampoco —subió seis peldaños que se le antojaron eternos, agachando la cabeza ante la viga que prologaba el recodo de la escalera—. Buenas noches.

El primer día que dejó de llover, unas ancianas desvelaron a Antonio el secreto de su incapacidad para marcharse, en una de sus múltiples idas y venidas, aún sorteando charcos, escuchó su conversación, palabras que no habría de olvidar nunca, porque le hicieron sudar a pesar del frío húmedo de la mañana.

—Este año, por San Macario, al menos tenemos un castellano entre nosotros.

Lo de castellano le llegó hasta los huesos, sintió que ese castellano era él, y como si un destino fatal estuviera suspendido sobre su cabeza, destino que no le abandonaría sino hasta

el cinco de abril, treinta años después, cuando pasaría a la historia por unos breves días, al morir sin causa aparente alguna, tras una inusual y descomunal tormenta que se abatió durante jornadas interminables sobre el páramo palentino.

Después de la opípara comida con que le agasajara Francisco Silva pareció olvidar el siniestro comentario, las bromas con las meigas le causaban risa y hasta jugaba con *mouchos* y *bruxas* imaginarias mientras entablaba un duelo de alcohol y sables con su anfitrión. Todavía renqueaba por la borrachera al entrar en casa de Álvaro para su partida vespertina, y se plantó, casi sin verla, ante una de las viejas a las que oyó hablar, la buena mujer se asustó primero y retrocedió escapando del aluvión de coñac que se le venía encima desde la garganta de Antonio, para escurrirse corriendo entre él y el quicio de la puerta. Entonces recordó y se fue a preguntarle a Álvaro.

—Oye Alvariño, ¿cuándo es San Macario?

—¿Qué?

—San Macario, ¿cuándo es?

—Pues, el cuatro de abril, ¿por qué?

—¿Qué tiene que ver un castellano con San Macario, a ver?

Álvaro palideció, y trató de mentir lo mejor que sabía.

—¿Qué va a tener que ver? Nada que yo sepa.

—Bueno, trae acá las fichas y empecemos, que hoy subiré pronto a dormir.